

VUELTA A LA GRAN MANZANA

Como escenario cultural y literario, Nueva York es, probablemente, el más destacado de la contemporaneidad entre los de carácter urbano. En estas páginas reseñamos las narraciones de Teju Cole y de O. Henry y una antología de los poetas del ámbito hispánico que han dedicado textos a la ciudad, así como una crónica de recientes estrenos teatrales en Broadway relacionados con la música

Paseos por Nueva York

'Geometría y angustia', antología de poetas españoles fascinados por la metrópoli norteamericana

Poesía

POR JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

■ La historia de la poesía española del siglo XX no puede escribirse sin tener en cuenta la ciudad de Nueva York. Tres de los títulos fundamentales la tienen como escenario y como algo más que escenario, casi como protagonista: *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez, el libro que inicia la modernidad; *Poeta en Nueva York*, de García Lorca, y el epigonal *Cuaderno de Nueva York*, de José Hierro, que tras su narratividad y su culturalismo esconde un secreto que le añade temblor emocional.

Siguiendo su estela —especialmente la de Lorca—, muchos otros poetas han tomado como pretexto de sus versos a la ciudad de Nueva York. De todos ellos se ha ocupado, con acrílico afán de exhaustividad, Julio Neira en su *Historia poética de Nueva York en la España contemporánea*. Completa ahora ese volumen con una antología compilada con el mismo generoso criterio.

El libro está estructurado para que lo leamos casi como una guía de la ciudad. Comienza con el asombro de la llegada, en barco (preciso Luis Cernuda) o en avión (algo divagatorio Rafael Guillén). Como excepción, no sólo incluye poemas —en verso o en prosa—, sino también fragmentos de otros textos: artículos de Rubén Darío y Moreno Villa, una conferencia de Lorca. Esa no bien justificada inclusión nos hace desear otro volumen recopilatorio dedicado a los escritores españoles, al margen de los poetas (pensemos, por ejemplo, en Julio Camba), que se han ocupado de Nueva York.

Sigue el extenso apartado que Neira denomina, algo inadecuadamente, "Geografías", con poemas dedicados a distintos lugares de la ciudad. Juan Ramón Jiménez es el primero y el principal: nos habla de un cementerio entre rascacielos en Broadway; de la llegada de la primavera a la ciudad en lucha con el humo y el barro hasta lograr desfilarse como una reina por la Quinta Avenida; de los anuncios mareantes de Time Square, donde, cuando aparece la Luna, no sabemos si es ella de verdad o un anuncio



El poeta catalán Joan Margarit. JULIAN MARTÍN/VEE

de la Luna. De todos los poetas que se han ocupado de Nueva York, Juan Ramón es el más preciso, el que más abunda en pequeños detalles exactos. Un siglo después, su *Diario* puede utilizarse como precisa y sugerente guía. También uno de sus grandes poemas finales, "Espacio", está ambientado en Nueva York, esta vez en la zona norte de Manhattan, la de Columbia University y la inacabada catedral de St. John the Divine, que antes parece no haber visitado.

El "Paisaje de la multitud que vomita" y "Ciudad sin sueño", de García Lorca, nos llevan a Coney Island y al puente de Brooklyn, dos lugares pronto convertidos en tópicos, sobre todo el último. Otro de los tópicos es Central Park y abundan los poemas a él referidos, pero ninguno parece especialmente memorable. Si lo es el que Marcos Tramón dedica a otro parque menos frecuentado por el turismo habitual, Riverside Park, y al que Antonio Muñoz Molina, cuya residencia neoyorquina se encuentra muy cerca, ha dedicado páginas en prosa que valen por muchos poemas.

Fernando Quiñones se ocupa de St. Barth, "una iglesia episcopaliana rodeada de enormidades", como el edificio de la Pan-Am (hoy MetLife), el Hemsley, Grand Central; Joan Margarit, del ferry a Staten Island, desde el que contempla, "con ojos entornados por el frío, / el perfil más hermoso de Manhattan". Dionisia García pasea por

Harlem mientras que José María Ripoll lo hace por Canal Street, en el barrio chino. Brooklyn sólo aparece como el nombre del más antiguo y más hermoso puente. Incluso Hilario Barrero, que tantas veces se ha ocupado de ese distrito que fue ciudad independiente antes de formar parte de Nueva York a finales del XIX, es antologado con un poema que se inicia con un funeral en la iglesia anglicana de Saint Thomas, en la Quinta Avenida (rivaliza con la católica Saint Patrick), y que continúa con un viaje en metro y el rechazo a un ocasional encuentro erótico (eran los tiempos del Sida). El "Panorama" de Abelardo Linares, ya en la sección siguiente, comienza con la anochada dorada de la Estatua de la Libertad vista "desde un helicóptero a setenta y dos dólares el viaje" y juega luego con las referencias al oro como símbolo de Nueva York. Si no el mejor poema, sí es la mejor de todas las postales neoyorquinas que en este libro encontramos.

Las críticas a Nueva York, como símbolo del capitalismo, se reúnen en "La ciudad del cheque". Comienza con unos versos algo rípidos de Rubén Darío en los que no falta el antisemitismo de la época: "Casas de cincuenta pisos, / servidumbre de color, / millones de circuncisos, / máquinas, diarios, avisos / y dolor, dolor, dolor!".

"Esa calle", de Fernando Quiñones, nos describe Wall Street, que parece haber



JULIO NEIRA (ED.)
Geometría y angustia
Poetas españoles en Nueva York
► FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA,
336 PÁGINAS, 19,90 €

crecido sólo hacia lo alto, y cuyos versos finales —el poema es de 1998— resultan premonitorios: "esta calle que cae desde arriba, cae al fin de lo alto a lo estrecho, / hasta el pie de la piedra y el acero y los vidrios / y los desaforados ramos de flores y de sangre".

En "Culturas", la sección siguiente de la antología, José María Álvarez, mientras escucha "ese dúo impercedero / del primer acto de *Rigoletto*", contempla a través de la ventana "la seductora hermosura del Chrysler Building". Juan Luis Panero, en "Lectura en un cuarto de hotel", uno de los más significativos poemas suyos, nos habla de un libro, *Spoon River Anthology*, hojeado por los amantes una noche feliz de febrero en un hotel neoyorquino "sin saber que allí también —desolación, estupidez, fracaso— estaba escrito nuestro terco destino".

Geometría y angustia concluye con "Despedida", el adiós a la ciudad, que en los dos poemas finales —más ingenioso uno, más emocionante el otro— es algo más que el adiós a una ciudad. "Life vest under your seat", de Luis García Montero, recrea el clásico motivo de la despedida de los amantes (él ha indicado que su modelo más directo fue un poema de Jovellanos) con novedoso y eficaz artificio; "En son de despedida", de José Hierro, llena de verdad un libro, *Cuaderno de Nueva York*, que podía haber sido nada más que un tardío y culturalista cuaderno de ejercicios.

En una irónica presentación, Juan Bonilla escribió "vivo en las afueras de Nueva York / (para ser más exactos en Sevilla)". Todos vivimos, de algún modo, en las afueras de Nueva York, capital de muchos de los sueños y de algunas de las pesadillas del siglo XX. Pero eso no implica que haya que sentirse obligado a dedicarle malos versos, como a las señoritas del XIX que nos mostraban su álbum o su abanico cada vez que las visitáramos. Corremos el riesgo de que un amable y benemérito antólogo, como Julio Neira, nos ponga involuntariamente en ridículo.

Relatos para conocer el viejo Nueva York

Nórdica presenta en 'Historias de Nueva York' una selección de 23 relatos del escritor O. Henry sobre la Gran Manzana

Narrativa

POR MIGUEL FERRARY

■ O. Henry fue un tipo peculiar. Se cambió el nombre, se instaló en Nueva

York y desarrolló una exitosa carrera como escritor de relatos con dos características fundamentales. El tono humorístico —o al menos amable— de sus historias y el giro final, marca de la casa. Ese giro, esa resolución sorprendente en las últimas frases, en algunos

casos en las últimas palabras, fue una técnica que desarrolló y depuró con maestría. El Destino, cruel o amigable, con ciertos tintes shakespearianos por su inevitabilidad, es el gran *deus ex machina* que recoloca las piezas en ese último compás del relato, ofreciendo sorpresa y lógica.

La ejemplar y coherente editorial Nórdica ha publicado *Historias de Nueva York*, una selección de los rela-

tos de este escritor que tienen a la Gran Manzana como gran protagonista de sus historias. El amor que siente por esta ciudad, donde se instaló con 39 años, aflora en cada línea, en cada palabra que elige para desarrollar sus historias.

O. Henry es una lectura divertida, amena, culta, accesible y aleccionadora.

